

Poner el cuerpo

Emociones, saber profesional y militancia en la extensión rural

In body and soul

Emotions, professional wisdom and activism in rural development

Carlos Cowan Ros | ORCID: orcid.org/0000-0001-6461-486X
cowanros@agro.uba.ar

Consejo de Investigaciones Científicas y Tecnológicas
Argentina

María Ximena Arqueros | ORCID: orcid.org/0000-0001-6639-1612
arqueros@agro.uba.ar

Universidad de Buenos Aires
Argentina

Recibido: 08/09/17

Aceptado: 04/10/17

Resumen

En el artículo se analiza el papel de las emociones en la configuración de las prácticas de extensionistas rurales y en los procesos territoriales que impulsan. El estudio es de tipo exploratorio y analiza las prácticas de extensionistas vinculados a dos redes interpersonales de técnicos: una situada al sur de los Valles Calchaquíes de la provincia de Salta y la otra en las regiones de Puna y Quebrada de Humahuaca, provincia de Jujuy. A partir de recuperar la trayectoria de los extensionistas se identifican situaciones en las que sus emociones junto a sus definiciones ideológicas y a los marcos institucionales y contextuales intervinieron en la (re)configuración de sus prácticas. Ambos casos derivan de investigaciones independientes en las que se estudiaron prácticas de intervención, organizativas y políticas combinando la perspectiva etnográfica con el estudio de caso. El periodo de recolección de datos para el caso salteño fue de 2004 a 2006 y para el jujeño de 1998 a 2008. Con vistas a la confección de este artículo se amplió el trabajo de campo durante 2016 y 2017. Entre las conclusiones destaca que el perfil de extensionistas que se instaló en cada región, lejos de ser azarosa, estuvo modelada por una red de pertenencia conformada fundamentalmente durante sus estudios universitarios y fundada sobre componentes afectivos e ideológicos y contribuye a explicar el tipo de visión y procesos

Abstract

This paper addresses the role of emotions both in the configuration of rural extensionists practices, and in the territorial processes fostered by them. It is an exploratory study that analyzes the practices linked to two interpersonal networks of development agents: one located at the south of the Valles Calchaquíes, in the province of Salta, and the other one located in the Quebrada de Humahuaca and Puna regions, in the province of Jujuy. Upon recovering the extensionists trajectory, we have identified situations where their emotions –together with their ideological definitions and institutional and contextual frameworks– have intervened in the (re)configuration of their practices. Both examples stem from independent research cases focused on interventional, organizational and political practices that combined the ethnographic perspective with the case study. The data collection time period for the Salta case was from 2004 to 2006, and for the Jujuy case, from 1998 to 2008. With the aim of drafting this article, we expanded the fieldwork during 2016 and 2017. One of the conclusions to point out is that the profile of the extensionist who settled in each region was by no means random, but shaped instead by a network based on a sense of belonging, mainly formed during their university studies and founded on emotional and ideological components, which contributes to

que impulsaron en cada territorio. Al analizar procesos colectivos en los espacios locales, el estado de las relaciones personales entre los agentes de desarrollo aporta a comprender las condiciones de (im)posibilidad de cooperación al interior de cada organismo de desarrollo y entre éstos, así como los procesos que se impulsan desde esas instituciones.

Palabras clave: Extensión rural, Emociones, Desarrollo rural

explaining the kind of vision and processes that were fostered in each territory. When analyzing collective processes in local spaces, the personal relations among the development agents allow us to partially explain the (im)possibility of cooperation conditions within each development agency and between one another, as well as the processes fostered by those institutions.

Keywords: Rural extension, Emotions, Rural development.

Introducción

El giro interpretativo operado en las ciencias sociales en las últimas décadas del Siglo XX tuvo su expresión en los estudios de intervención en desarrollo rural o, como frecuentemente se denominan, de “extensión rural”¹. La perspectiva orientada al actor de Norman Long (2007) destaca entre los abordajes más referenciados por quienes estudian esta temática. Este autor propuso deconstruir la idea de intervención como proceso planificado y controlado unilateralmente por expertos, para reconocer su contingencia e interpretarla como dinámica, negociada, experiencial y creadora de significados. Esa cualidad deriva del punto crítico o *interfaz social* que la intervención configura al poner en contacto mundos de vida diferenciados y de la *agencia* de los sujetos, es decir su capacidad de saber y de actuar a partir de procesar su propia experiencia. De este modo, propone interpretar la extensión rural como una práctica compuesta y modelada por percepciones culturales, motivaciones, ideologías, constricciones institucionales y emociones.

En Argentina, gran parte de los esfuerzos analíticos se orientaron a comprender la relación entre los resultados de experiencias de desarrollo rural y las modalidades de intervención. Al revisar una muestra de la vasta producción de estudios de caso sobre esta cuestión (Benencia y Flood, 2002; Manzanal et al., 2007; Bartolomé y Schiavoni, 2008; Rodríguez Bilella y Tapella, 2008; Gutiérrez y González, 2016, entre otros), observamos que en los análisis de las prácticas

de los extensionistas rurales sus motivaciones, ideologías² y los marcos institucionales y/o contextuales constituyen las variables explicativas accionadas con mayor frecuencia. Las emociones han sido menos tematizadas como variable explicativa de sus prácticas y cuando son reconocidas son tratadas como epifenómeno.

En los últimos años, la psicología rural se configuró como área de estudios en el país. Destacan los trabajos de Fernando Landini (2010 y 2015) sobre las contribuciones de la psicología social a la comprensión de las intervenciones en desarrollo rural y el estudio de Rossana Cacivio (2016) sobre los factores de riesgo psicosocial en el trabajo de los extensionistas. En este artículo, aspiramos a contribuir a la comprensión de procesos de desarrollo rural a partir de recuperar aportes de la sociología y de la antropología de las emociones.

La interpretación de la *acción social* ha sido uno de los pilares dilemáticos sobre los que se desarrollaron las ciencias sociales. Max Weber ([1921], 2002) tempranamente observó su carácter teleológico y multidimensional e integró lo afectivo como una de las fuentes que orientan la acción social. Sin embargo, conforme observan James Goodwin et al. (2000), durante gran parte del siglo pasado las emociones fueron relegadas a un lugar residual y asociadas a un comportamiento irracional.

A partir de mediados de la década de 1970, desde la sociología y desde la antropología se inician esfuerzos por superar la dicotomía razón/emoción para integrarlas en la comprensión de

¹ Utilizamos comillas dobles (“...”) para referenciar frases y expresiones de nuestros entrevistados e itálicas para palabras en otros idiomas y conceptos. Los fragmentos de entrevistas transcritos fueron editados, respetando las categorías utilizadas por nuestros interlocutores, para reducir su extensión y ordenar cronológicamente los acontecimientos relatados.

² A los fines del presente artículo entendemos la noción de ideología del desarrollo en *stricto sensu*, es decir, como el conjunto de ideas y valores a través de las cuales los sujetos definen las problemáticas de los habitantes rurales y de la sociedad en general, sus causas y orígenes, las alternativas de solución y las vías y/o estrategias de acción para llegar a ellas.

las prácticas y fenómenos sociales. Si bien no se ha convergido en una definición de *emoción*, existe creciente consenso en que no son meras respuestas biológicas del organismo ni lo que se opone al pensamiento lógico, sino sentimientos mediados por la cultura, tanto en su experiencia como en su comunicación, que guardan cierto margen de manipulación por los individuos (Lutz y White, 1986). Martha Nussbaum (2008) considera a las emociones como una compleja estructura cognitiva, que media en la apreciación y evaluación que las personas se hacen del mundo que los rodea, interviniendo en su vinculación con éste y complementando otras formas de conocimiento. Por su parte, Theodor Kemper evidenció la relación entre la posición social de los individuos, en términos de poder y estatus, y sus estados emocionales (cit. Bericat, 2012).

Entre los esfuerzos por sistematizar la heterogeneidad de experiencias emocionales, destacamos el de James Jasper (2012) quien propone una tipología que las clasifica según duración y forma de experimentación. Las *emociones reflejas* son reacciones inmediatas y de corta duración a nuestro entorno (miedo, sorpresa, alegría, etc.). Entre las emociones estables o de larga duración distingue: *lealtades u orientaciones afectivas*, entendidas como apegos o aversiones (confianza, empatía, admiración y sus equivalentes negativos) y *emociones morales* que refieren a sentimientos de aprobación o rechazo basados en intuiciones o principios éticos y a la (in)satisfacción de hacerlo (in)correcto.

Julieta Quirós (2011) y María Fernández Álvarez (2011) han dado un lugar central en sus análisis a las emociones en la configuración de las prácticas políticas de desocupados vinculados a organizaciones sociales del Gran Buenos Aires. Observan el desafío metodológico que conlleva centrar las preguntas de investigación sobre las motivaciones de las acciones, pues presuponen la prominencia de un accionar racional, consciente y premeditado. Para sortear ese sesgo sugieren desplazar los interrogantes de investigación hacia cómo se despliegan las prácticas, es decir hacia la experiencia del hacer.

Dado el estado incipiente del estudio de las emociones en las prácticas de extensión rural, este trabajo es exploratorio y busca evidenciar la necesidad de incorporar esa dimensión en la comprensión de los procesos territoriales de desarrollo rural. El objeto de análisis se construyó poniendo el foco en las relaciones personales entre agentes de desarrollo (extensionistas y directivos de agencias) que operan en un mismo territorio, procurando iluminar cómo vivencian su profe-

sión y cómo las *emociones de larga duración* interaccionan con otros factores que modelan sus prácticas. En trabajos anteriores hemos estudiado los vínculos entre extensionistas y los destinatarios de sus proyectos de desarrollo (Cowan Ros, 2013 y Arqueros, 2007 y 2016) representando dichos análisis un marco interpretativo para este artículo.

Aquí analizamos dos casos de estudio, uno situado al sur de los Valles Calchaquíes en la provincia de Salta, y el segundo en el territorio comprendido por las regiones de la Quebrada de Humahuaca y de la Puna en la provincia de Jujuy. Cada caso está recortado por una red interpersonal de extensionistas rurales vinculados a diferentes agencias de desarrollo, públicas y privadas. El análisis aborda los primeros años desde su llegada al territorio (de 2003 a 2007 para el caso salteño y de 1991 a 2000 para el jujeño) y se centra en la trayectoria de algunos de ellos que evidencian características emblemáticas y comunes a las del resto. A partir de sus relatos y observaciones de campo nos centramos en situaciones en las que se vieron tensionados, siendo redefinidas sus prácticas y, en consecuencia, procesos territoriales en los que intervenían. En cada caso, analizamos cómo se configuraron esas situaciones, cómo las experimentaron los extensionistas, cómo lidiaron con las mismas y qué aspectos de sus planes de acción originales se vieron redefinidos. Nos interesa evidenciar cómo las emociones pueden contribuir a explicar las distancias entre lo que los extensionistas se proponen hacer y lo que efectivamente hacen.

Ambos casos derivan de investigaciones independientes (Cowan Ros, 1999 y 2013b y Arqueros, 2007, 2016) en las que estudiamos prácticas de intervención, organizativas y políticas combinando la perspectiva etnográfica con la estrategia de estudio de caso. El periodo de recolección de información para el caso jujeño fue de 1998 a 2008 y para el salteño de 2004 a 2006. La observación de fenómenos semejantes en ambos estudios nos convocó a ampliar el trabajo de campo durante 2016 y 2017, con vistas a la confección del presente artículo.

El artículo consta de cuatro secciones, incluyendo la presente introducción. En la segunda parte se analiza el caso salteño y en la tercera el jujeño. En la última recuperamos características distintivas de ambos casos y realizamos una reflexión teórico-metodológica sobre los desafíos y potencialidades de integrar la dimensión emocional al análisis de las prácticas de los extensionistas rurales y de los procesos de desarrollo rural que impulsan.

La extensión vivida como militancia en los Valles Calchaquíes salteños

En la primera mitad de la década de 2000, ingenieros agrónomos, porteños, recién graduados de facultades de agronomía de dos universidades de Buenos Aires se radicaron e iniciaron su vida profesional como extensionistas rurales en las localidades de San Carlos y Seclantás, situadas en la región meridional de los Valles Calchaquíes salteños. En este territorio, las intervenciones en desarrollo rural de instituciones públicas nacionales se habían iniciado en la segunda mitad de la década de 1990 con el Programa Social Agropecuario (PSA). Prácticamente la totalidad de los técnicos vinculados al PSA residía en la capital salteña y se desplazaba a los Valles para realizar las acciones de los proyectos a su cargo. En 1999, el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) creó una Agencia de Extensión Rural (AER) en Cafayate y otra en Seclantás favoreciendo la radicación de extensionistas en la zona, lo que imprimió nuevas dinámicas a los procesos de desarrollo en curso. En este apartado analizamos cómo llegaron los nuevos técnicos a la región, cómo vivencian su labor profesional y cómo esto modela sus prácticas y repercute en las dinámicas del territorio.

En 2000, José y Ana³, quienes se habían conocido y vinculado afectivamente durante sus estudios universitarios, se instalaron en San Carlos para iniciar un proyecto de vida y profesional. Meses antes, en el marco de un curso de capacitación en Buenos Aires, José había conocido al jefe de la AER Cafayate, quien lo invitó a sumarse a su equipo en formación. En el marco de la crisis que afectó al país durante el cambio de milenio, la invitación no conllevaba un contrato de trabajo, tan solo la posibilidad de poner en práctica su vocación profesional. Una computadora, una vivienda en una comunidad rural y el aval del INTA para asesorar a los productores de la misma fueron los recursos que le proveyeron “para que formulara proyectos y esperara a que saliera financiamiento”. La falta de salario no lo inhibía

de sentirse “contento por haber salido de Buenos Aires y trabajar junto a una organización campesina”. Radicarse en la zona y comenzar a ejercer su profesión en esas condiciones le permitió ser reconocido y establecer vínculos con productores y funcionarios de las agencias de desarrollo. Al año siguiente su condición de agrónomo y de residente en una comunidad rural fueron valoradas por quienes conducían la Unidad de Minifundio y el PSA en la provincia y pudo formalizar contratos laborales con ambas agencias.

En 2003, Tito y Marita, él ingeniero agrónomo y ella trabajadora social, y otra pareja que también habían sido colegas de José en la universidad fueron invitados por éste para instalarse en San Carlos. Para Tito, José jugó el papel de “cabecera de playa, nos instalamos en su casa hasta que pudimos alquilar, heredamos sus contactos, comenzamos a laburar juntos... Nos dio todo... Nos facilitó la llegada”. Al igual que su antecesor, no fue un contrato laboral lo que trajo a Tito a San Carlos, sino “la necesidad de irse de Buenos Aires” y concretar su proyecto de vida y profesional. Comenzó a formular proyectos con campesinos de nuevas comunidades con las que se había vinculado José, con vistas a conseguir financiamiento de alguna agencia de desarrollo rural. Sus ahorros, las ayudas de los amigos y los trabajos eventuales que conseguía Marita fueron sus fuentes de subsistencia hasta que la Unidad de Minifundio lo contrató en 2004.

En los años posteriores, otros cuatro colegas de la universidad se radicaron en San Carlos con estrategias de llegada, hospedaje e inserción laboral semejantes. Esta vez la contención local no se restringía a José, otros amigos estaban para recibirlos. A partir de 2005, en el marco de la recuperación económica del país y de la revaloración del accionar estatal en la promoción del desarrollo, nuevos PDR comenzaron a implementarse y con ellos se ampliaron las oportunidades laborales.

El fenómeno descripto evidencia cómo en el territorio de estudio comenzó a operar un nuevo grupo de extensionistas originarios de Buenos Aires. Nos interesa destacar que esa configuración no fue azarosa, sino que estuvo modelada por una red vincular preexistente. Al reconstruir la trayectoria del grupo, Tito reflexionó:

El reclutamiento se hace por una afinidad ideológico-afectiva. En parte, nuestra ideología condiciona cierto tipo de afectividad, no es una cuestión tan a la ligera, no somos

³ Los nombres de las personas y de las organizaciones no estatales son ficticios. Los dos casos analizados en el artículo están vinculados a la ejecución de tres programas nacionales de desarrollo rural (PDR): a) Programa Social Agropecuario (PSA), coordinado por la Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación (SAGPyA), entre 1993 y 2008; b) Unidad de Planes y Proyectos de Investigación y Extensión para Productores Minifundistas (Unidad de Minifundio), que opera en el INTA desde 1987 y c) Programa Federal de Reconversión Productiva (Cambio Rural), coordinado por la SAGPyA entre 1993 y 2008. Estos PDR estuvieron orientados a aumentar la productividad agropecuaria de sus destinatarios a través de la asistencia técnica y financiera.

amigos así nomás. Eso dibuja una integridad, vamos todos para el mismo lado.

Quienes arribaron al territorio se conocieron durante su paso por la universidad y se referenciaban como un tipo particular de personas y de profesionales que compartían la vocación por comprometerse con los sectores rurales marginados de la sociedad. Todos habían compartido espacios de militancia, de capacitación y/o de organización de actividades en el centro de estudiantes, y habían establecido lazos de amistad y compañerismo. La red vincular estaba sustentada en lazos afectivos e ideológicos y Tito, José y los extensionistas que los sucedieron convocaban a colegas con quienes sentían empatía. De este modo, resulta elocuente el papel jugado por las *emociones afectivas y morales* en la configuración del perfil de los extensionistas que se instalaron en San Carlos.

Ese perfil está relacionado a las concepciones que estos agrónomos tienen de su profesión y ayuda a comprender el tipo de vínculo que establecen con su labor de extensionistas, con sus colegas y con los destinatarios de sus acciones, los campesinos. Posibilita comprender que hayan viajado a la región y trabajado desde una institución pública, sin contrato laboral, para un grupo social que consideran marginados. Una lógica difícil de explicar desde la racionalidad económica. También ayuda a entender el tipo de acciones que impulsaron en el territorio, como ser la conformación de una organización campesina, pues entienden que el desarrollo es un proceso eminentemente político. Pero, cómo conciben estos extensionistas su profesión. Indagado al respecto, Tito abstraigo las características que a su entender los definen y diferencian de otro tipo de profesionales que trabajan con productores agropecuarios:

El extensionismo es militancia, si no es transferencia. La transferencia es puramente técnica. Una mirada productivista en la que la mejora está dada por la tecnología. Un trabajo más vertical, menos cotidiano y más frío con los productores. Es más acotado desde los tiempos, desde la entrega... Cuando vos querés participar o apostar a un proceso de desarrollo es más complejo. La militancia es lo que le da esa dimensión humana. Ser extensionista implica no centrarse en el modelo de la inmediatez de [pretender] resolver problemas atacando síntomas, si no tener una agenda integral, apostar al mediano plazo. Construir vínculos de confianza, de alianzas y, también, saber con quién tenés que pelear. En la extensión no hay días ni horarios de trabajo, te toma todo... Esperás horas en una reunión para que vengan dos o tres personas... ¡No hay racionalidad. Si lo pensás, no lo hacés! [se emociona]. Si no

tuvieras ese compromiso, esa militancia, te quedás en tu casa, sería algo tan chato como cualquier laburo mecánico.

Lo que a nuestro entender gana sentido analítico son las vivencias de los entrevistados, los significados que les atribuyen y cómo éstos orientan sus acciones. Desde esta perspectiva, resulta elocuente cómo en el testimonio de Tito lo ideológico, el saber técnico y las emociones se imbrican en lo que definen como su quehacer profesional. Lo ideológico está dado por la creencia de que la agricultura familiar y la agroecología tienen un papel clave en la construcción de otro tipo de sociedad: inclusiva y sustentable. La promoción de la organización, tanto de los campesinos como de los extensionistas, es un componente estratégico en la construcción y viabilización de ese proyecto, reconocido *a priori* como indefinido, pero conteniendo los principios básicos “que nos unen”. Su saber técnico debe ampliarse y ponerse al servicio de dicho proyecto. Es por ello que resisten las convocatorias a “ponerse la camiseta de la institución”, pues entienden que ésta “es la que debe estar al servicio de la organización [campesina]”. La dimensión emocional se expresa en el vínculo con los campesinos, con sus colegas y con su profesión y aporta a comprender por qué hacen lo que *a priori* puede ser considerado irracional, antieconómico e ineficiente. Emerge de la empatía que sienten con el compañero que los recibe y en recibir a otro compañero que se suma al proyecto, del reconocimiento que tienen de los campesinos y del afecto que comienzan a sentir por ellos y de esos pequeños logros conjuntos. Ciertamente esta concepción gana mayor elocuencia si se considera que al momento de recibir la invitación para radicarse en el territorio, Tito tenía trabajo estable en la SAGPyA y una invitación para realizar un doctorado en una universidad norteamericana. Quince años después de haber arribado a San Carlos, con dos hijos nacidos allí, celebra el “impulso” que lo llevó a los valles.

Luisina Perelmiter (2011) en su análisis del Trabajo Social evidencia cómo históricamente en torno a dicha carrera se ha configurado una práctica y un *ethos* profesional que articula el saber técnico, el compromiso emocional y el político-militante, imbricando esferas que en otras profesiones aparecen *a priori* disociadas. Esa configuración también la observamos en la forma como nuestros interlocutores vivencian la extensión rural. En su caso la particularidad de ser emigrantes de ámbitos urbanos al rural y de residir junto a los destinatarios de sus acciones imprimió a sus vidas y a su quehacer profesional características distintivas, fundamentalmente por el modo como gestionaron su vida social.

Llegar a trabajar a una localidad rural con esa concepción de la extensión supone compartir con los colegas de trabajo dimensiones de la vida

fragmentando lo que antes era un proyecto de vida.

Las experiencias vivenciadas por nuestros interlocutores transformaron sus formas de percibir su trabajo. Junto a estas variaciones, nuevos proyectos de pareja, emprendimientos de militancia política, cuestiones familiares y las expectativas que surgen junto a las nuevas etapas de las vidas personales se imbricaron para que la mayor parte de quienes migraron a

San Carlos decidieran partir a otras regiones y ámbitos profesionales. Tito continúa en el lugar. Al recordar el estilo de vida de los primeros años en San Carlos, pondera: “en esa época estuvo bien, hoy si te lo propondrías a los 40 y pico, con tus hijos... no sé si te animás”. Cambió su forma de concebir y vincularse con su trabajo y se permite pensarse a futuro sin renovar su cargo en la dirección de la AER y dedicado plenamente a lo que le gusta: la extensión rural.

Ideas de cambio, (des)encuentros afectivos e institucionalidad de desarrollo rural en las tierras altas jujeñas

En 1991, Néstor, al poco tiempo de graduarse de ingeniero agrónomo en Buenos Aires, retornó a Tilcara, localidad situada en la región de la Quebrada de Humahuaca, donde acostumbraba vacacionar en su infancia. En esta ocasión el propósito del viaje fue radicarse en la localidad. El ambiente quebradeño, la voluntad de “aportar a un proceso que ayude a mejorar la condición de vida en la zona” y el accionar del párroco en favor de los derechos humanos y de las Madres de Plaza de Mayo constituían a Tilcara en un lugar atractivo donde canalizar su proyecto de vida, de pareja, profesional y de cambio. Junto a su compañera y a su compadre y pareja, con quien había misionado en la adolescencia junto a referentes progresistas de la Iglesia Católica, arrendaron un lote y se constituyeron en productores agropecuarios. El beneficio generado por el emprendimiento resultaba insuficiente para subsistir por lo que debieron generar fuentes de ingresos complementarias. Néstor abrió la primera agroveterinaria de la región y aprovechó, al igual que el resto, las escasas oportunidades laborales que surgían.

En 1993, Fernanda y Alberto, compañeros de militancia universitaria de Néstor, fueron motivados por éste a postularse a dos cargos de extensionistas rurales en el marco de un proyecto agroforestal en la Puna jujeña, patrocinado por la Agencia Alemana de Cooperación (GTZ). Al tiempo de radicarse en La Quiaca, percibieron cierta disociación entre los objetivos del proyecto, la introducción de especies forestales en los sistemas productivos locales, y lo que entendían era la necesidad apremiante de los campesinos: incrementar la productividad predial para garantizar su subsistencia. Motivados por trabajar desde un ámbito institucional que no coartara la promoción de procesos que entendían posi-

bilitaban resolver la causas estructurales de la pobreza, se trasladaron a Tilcara y junto a los colegas allí radicados y a Marcos y su pareja, otro compañero vinculado al mismo espacio de militancia en la universidad recientemente llegado a la zona, crearon MINK'A, una ONG de desarrollo rural. Desde 1995 hasta la actualidad, más de diez extensionistas rurales, la mayor parte de ellos egresados de la misma universidad, circularon por ese grupo con el ímpetu de mejorar las condiciones de existencia de los campesinos de las tierras altas jujeñas.

La forma en la que Néstor y el resto de sus colegas llegaron al territorio, pasaron a (re)definir su modo de vinculación y concibieron su quehacer profesional, presenta elementos comunes con el caso salteño. La existencia de una red vincular articulada en el ámbito universitario, fundada en lazos de reconocimiento afectivos e ideológicos y movilizadora al territorio a partir de uno de sus miembros es común a ambos grupos. Las dinámicas de cooperación para recibir e insertar laboralmente a los recién llegados también fueron observadas en este caso, con la consecuente superposición de las esferas de sus vidas sociales y la saturación de sus lazos en términos de *relaciones múltiples*. La concepción del desarrollo rural como un proceso eminentemente político y el anhelo de articular en la extensión rural el saber profesional con la vocación militante es otro de los elementos que explica la existencia de un perfil semejante de técnicos al observado en el caso salteño. De hecho, su espacio de militancia universitaria fue el mismo, solo que quienes emigraron a Jujuy pertenecen a una generación anterior y su experiencia fue tomada por modelo e inspiró a los que posteriormente se radicaron en los Valles Calchaquíes salteños. Los extensionistas de ambos grupos a través de su

militancia universitaria estuvieron vinculados a una red nacional de estudiantes de agronomía en la que se articulaban miembros de centros de estudiantes de diferentes facultades del país. En sus testimonios reconocieron a dicho espacio como un ámbito de cristalización y difusión de un referencial de desarrollo rural y un *ethos* de la extensión rural que los influyó en su formación como profesionales. Entendemos que para varios estudiantes de agronomía del país de esa época la red constituyó un espacio de reflexión, producción y difusión de concepciones de desarrollo rural específicas. Características semejantes a las observadas en los dos casos de estudio también las registramos en experiencias protagonizadas por extensionistas formados en otras universidades del país, que también estuvieron vinculados a esa red, y que actualmente trabajan en otras regiones.

Habiendo señalado algunas regularidades observadas entre los técnicos del caso salteño y del jujeño en torno a las lógicas antedichas, en adelante nos interesa enfocarnos en evidenciar otras dimensiones del quehacer de los extensionistas en las que sus emociones se imbrican con sus definiciones ideológicas y los marcos institucionales modelando sus prácticas y produciendo procesos específicos en los territorios donde (inter)accionan. Analizaremos cómo este grupo de extensionistas jujeños intervino en la producción de la institucionalidad de desarrollo rural que se configuró en el territorio a lo largo de la década de 1990 y las (im)posibilidades de articulación interinstitucional *vis-à-vis* sus estados vinculares.

En los primeros años de la década de 1990, la institucionalidad pública de desarrollo rural en el país estaba en sus primordios. En las tierras altas jujeñas solo un puñado de ONG brindaba algún tipo de asistencia a los pobladores rurales. Para un profesional recién llegado a la región acceder a un puesto de extensionista rural era una posibilidad remota, hasta que en 1993 la situación comenzó a cambiar con el inicio de los primeros PDR en la provincia de Jujuy⁴.

En 1993, en un encuentro casual en la gasolinera de Tilcara, Néstor conoció al director regional del INTA, quien se enteró que su interlocutor era ingeniero agrónomo, residía en la zona y tenía una agroveterinaria a través de la cual asistía la creciente demanda de insumos agropecuarios y de asesoramiento técnico de los campesinos locales. Toda una revelación que interpelaba al imaginario dominante de ese momento que asumía la inexistencia de agricultura con fines

⁴ Durante el periodo de análisis el Gobierno de la provincia de Jujuy no implementó programas de desarrollo rural. En los inicios de la década de 1990, las acciones de promoción social dirigidas a los pobladores rurales eran impulsadas por la GTZ y fundamentalmente por ONG argentinas. Destaca la Pastoral del Desarrollo, ONG vinculada a la Iglesia Católica que llegó a asistir a aproximadamente 3.000 familias, y tres ONG, de menor tamaño (Cowan Ros, 1997).

comerciales en la región. Al poco tiempo, el director del INTA ofreció a Néstor un contrato temporario con el Programa Cambio Rural para asistir a un grupo de productores. El inicio de las acciones de la Unidad de Minifundios y del PSA supusieron otras opciones para ejecutar proyectos. Néstor visualizó la oportunidad que se abría para vehicular el propósito que lo trajo a la región. Contaba con una red de campesinos que lo referenciaban como profesional y con los coordinadores provinciales de los PDR que buscaban extensionistas para ejecutar con celeridad la cartera de proyectos a su cargo.

Acordó con el intendente de Tilcara crear una Agencia Municipal de Extensión Rural (AMER) para ejecutar en el marco de una estrategia regional los proyectos de los PDR. Al cabo de dos años en la AMER trabajaban 3 técnicos financiados por el INTA, la SAGPyA y la Universidad Nacional de Jujuy, que asistían con recursos del PSA, de Cambio Rural y de la Unidad de Minifundios a aproximadamente 500 productores vinculados a 25 comunidades. Néstor consiguió estabilidad laboral combinando un contrato del PSA y otro de la Unidad de Minifundio. La inmediatez de sus resultados generó el reconocimiento y la confianza en su labor por parte de los coordinadores provinciales de los PDR, quienes a medida que aprobaban nuevos proyectos, ampliaban la tasa de ejecución de los programas a su cargo ganando reconocimiento ante sus superiores nacionales. La correspondencia se tradujo en empatía.

Nos interesa destacar el papel desempeñado por Néstor en la forma como se cristalizó la institucionalidad pública de desarrollo rural que operó en la región en la primera mitad de la década de 1990. Por medio de vincularse y realizar gestiones con agentes estatales nacionales, provinciales y locales intervino en la producción de una nueva institucionalidad en la región, la AMER, y obró para que diferentes PDR se articularan a través de una visión y estrategia de desarrollo rural específicas y asistiendo a la misma población.

Una de las metas de Néstor era que los campesinos alcanzasen la “autonomía económica”, es decir que garantizaran su reproducción social a partir de sus actividades agropecuarias. Para ello era fundamental mejorar su posición ante los agentes económicos y autoridades gubernamentales. Sus esfuerzos se centraron en la construcción de una organización de productores cuya escala viabilizara la incorporación de tecnología, la participación competitiva en el mercado y la representación gremial. Desde la AMER y movilizándolo recursos y el patrocinio de los diferentes programas, promovió un ciclo de capacitaciones comunitarias que culminaron en un encuentro regional al que asistieron 125 representantes de 25 organizaciones comunitarias. En ese espacio se decidió crear la Co-

perativa Quebradeña para proveer de servicios y mejorar las condiciones de comercialización de sus socios. También impulsó un cambio de actitud de los campesinos ante las autoridades gubernamentales y de los PDR fomentando el reclamo de políticas activas en su beneficio.

En la perspectiva de Néstor, las estrategias de intervención que se promovían desde los PDR tendían a producir pequeños grupos de beneficiarios y a subordinar sus objetivos a las metas institucionales, resultando ineficaces para promover economías de escala que revirtieran las condiciones precarias de producción y subsistencia de los campesinos⁵. Priorizaban la publicidad del programa por sobre la mejora de la vida de sus destinatarios. Su accionar a través de la AMER buscó tornar funcional los recursos y acciones de los PDR al fortalecimiento de la figura y objetivos de la Cooperativa Quebradeña. En su parecer, esas diferencias de estrategias sumadas a reclamos de los campesinos a las autoridades gubernamentales fueron las causas que erosionaron la empatía que inicialmente se había generado entre él y los coordinadores provinciales de los PDR.

En un primer momento Néstor vivenció “presiones” de algunos de los coordinadores para que diera mayor visibilidad a las acciones del programa a su cargo por sobre los otros. Ante su negativa sintió que le “quitaron el apoyo” e intentaron “boicotear” las actividades que impulsaba. Decidió no renovar su contrato con el PSA. Junto a su desvinculación también operó la de los 25 grupos que asistía en la región, que pasaron a estar patrocinados únicamente con proyectos del INTA, institución con la que Néstor mantuvo su vínculo laboral. Al segundo año de iniciar actividades en Jujuy, el PSA sufrió una drástica disminución de productores asistidos⁶. Eso se tradujo en un enfrentamiento público entre el coordinador provincial y Néstor quien, sumado a “presiones de las autoridades gubernamentales provinciales” a otros referentes de los PDR, sintió que su posición de extensionista vinculado a agencias estatales se tornaba vulnerable. Optó por construir un nuevo ámbito institucional desde donde trabajar sin tantos condicionamientos, con

mayor autonomía. MINK'A fue la alternativa que construyó junto a sus colegas de la universidad.

El primer desafío que tuvieron como MINK'A fue conseguir financiamiento. El estado del vínculo entre Néstor y los coordinadores provinciales de los PDR constituyó un obstáculo para que la nueva ONG pudiese integrarse inmediatamente al sistema de “tercerización de la asistencia técnica” en Jujuy, tan promocionado en la época. El primer acuerdo se concretó con la GTZ, a partir de los vínculos de Fernanda y Alberto. Luego, retomaron cooperaciones con referentes de municipios con los cuales habían trabajado en el marco del proyecto agroforestal. Más tarde, llegó el acuerdo con la coordinación salteña del PSA para trabajar con comunidades campesinas en esa provincia. Con el PSA jujeño los técnicos de MINK'A y, en consecuencia, los campesinos por ellos asistidos debieron esperar a que cambiase el referente de la coordinación provincial, en los primeros años de la década de 2000. Consultado sobre la opción de armar una ONG y la lógica de articulación interinstitucional que llevaban a cabo, Marcos explicó:

Nosotros no decidimos no trabajar con el Estado, sino armar MINK'A. De hecho, cada uno tiene trabajo con otras instituciones [estatales]. A través de MINK'A podemos volcar las estrategias en las que uno cree, sin las limitantes que te fijan algunos organismos. [En éstos] podés trabajar algunos temas, pero cuando las cosas se complican te pueden decir “bueno, este tema no”, “no hay recursos para esto” o “tenés que atender lo otro”. Con el PSA de Salta está acordado. Ellos tienen determinada estrategia, entonces [en las comunidades donde trabajamos] las cosas que superan esa estrategia, como es la promoción de organizaciones, las hacemos como MINK'A y así llevamos adelante una estrategia integral. Uno trabaja con comunidades, las comunidades están dentro de este sistema, dependen de los municipios, de los políticos... Si vos le proponés al intendente alguna cosa que le parece atractiva, se mete a trabajar, va a aportar recursos. La mayoría de los políticos responde al modelo, pero no dirige el modelo. Yo estoy más cerca del tipo que los diseñadores del modelo. Uno arma estrategias para relacionarse con todo el mundo.

En la perspectiva de Marcos, el PSA salteño al estar regido por la misma operatoria que su par jujeño, presentaba debilidades semejantes. Sin embargo, quien coordinaba el PSA salteño “reconocía estas limitantes”, no percibía como “amenaza” a las organizaciones campesinas ni la tercerización de la asistencia a través de ONG. Tampoco había tenido conflictos con integrantes de MINK'A. Resulta evidente cómo

⁵ En la época de estudio, los programas de desarrollo rural no contemplaban en sus objetivos la promoción de estructuras organizativas de productores agropecuarios. Las estrategias de intervención del PSA y de Cambio Rural se centraban en la creación y asistencia a grupos de productores. A nivel nacional, el número de miembros promedio por grupo era de 8 en el primer programa y de 11 en el segundo (Caracciolo y Cowan Ros, 1998).

⁶ En 1998, es decir 3 años después del alejamiento de Néstor, la coordinación jujeña del PSA informaba haber asistido a 1.500 familias a partir de 190 proyectos desde el inicio de sus acciones (SAGPyA, 1998). En 1996, la dirección de la Unidad de Minifundio informaba la ejecución de un proyecto en la Quebrada de Humahuaca, a cargo de Néstor, que asistía a 350 familias y otro, de perfil educativo, ejecutado a través de la Pastoral del Desarrollo, en la Puna jujeña y salteña a través de los cuales asistía a 1.300 familias (INTA, 1996).

las subjetividades individuales y el estado de las relaciones interpersonales permean y, en ocasiones, se antepone a las definiciones institucionales. El PSA definía el mismo marco regulatorio para todas las provincias, sin embargo fue el estado del vínculo entre las personas y sus concepciones sobre el desarrollo lo que inviabilizaba la articulación institucional en Jujuy y la posibilitaba en Salta. La *institucionalidad burocrática* weberiana, en cuanto a su lógica de funcionamiento impersonal, racional, normativa y meritocrática, existe como constructo teórico, pero es difícil encontrarla como realidad empírica. Las personas en quienes se corporizan los programas y agencias de desarrollo imprimen su impronta a éstas. Esto es ampliamente conocido y reconocido por los agentes de desarrollo y en su cotidiano orienta la definición de sus lógicas de articulación institucional, pero llamativamente es poco tematizado en la literatura académica.

Operar a través de una ONG, si bien generaba un marco institucional de mayor autonomía para definir e implementar la estrategia de intervención acordada, los exponía a tareas y desafíos que como extensionistas de agencias estatales no tenían. Implicaba destinar gran cantidad de tiempo a la formulación, gestión y administración de proyectos. Los recursos resultaban insuficientes para garantizar salarios de dedicación a tiempo completo. Todos debieron complementar sus ingresos con empleos en actividades privadas o públicas para subsistir. La necesidad de financiamiento relativizaba la autonomía anhelada a través de MINK'A. Estos desafíos institucionales combinados con una experiencia fallida en terreno generaron el escenario propicio para la eclosión de un desentendimiento entre los miembros de la nueva ONG.

En los testimonios relevados, la ruptura del vínculo fue enunciada en términos de "pelea" y generada por expectativas no correspondidas. Decepción y falta de lealtad fueron las sensaciones experimentadas por los protagonistas. Pero no fue esa dimensión del conflicto la que prefirieron narrar. En sus relatos se esforzaban por sobreponer el argumento estratégico al afectivo, explicando que las diferencias en las formas de intervención, imposibilitaban compatibilizar un abordaje común en la ONG. La gestión del conflicto operó diferenciando el ámbito laboral y las otras esferas sociales que compartían. Néstor se constituyó en técnico de la Cooperativa Quebradeña y asesor de algunos municipios locales. El resto de los miembros de MINK'A continuaron asistiendo a los miembros de las comunidades con las que trabajaban desde la época del proyecto agroforestal de la GTZ y a nuevos grupos de productores.

La promoción de la organización de los campesinos y la articulación interinstitucional formaban parte de la estrategia de intervención de los miembros de MINK'A para promover la transformación social del territorio. Reconocían que

la cuestión de la pobreza era multidimensional. Los diagnósticos comunitarios desembocaban en un sinfín de problemáticas que excedían su saber profesional. La colaboración interinstitucional era una vía para tornar más eficiente y eficaz los escasos recursos de que disponían, pero, como observó Marcos:

cuando llegabas a una comunidad, salía la camioneta de la otra institución y apenas te saludabas. No sabías lo que estaban haciendo, a pesar de que trabajabas en la misma comunidad. Cada uno caía con su propuesta y contribuíamos a generar más esquizofrenia entre los productores.

En 1996, representantes de cuatro ONG, entre las que se encontraban MINK'A y la Pastoral del Desarrollo, del INTA y de GTZ crearon un espacio para sociabilizar experiencias y reflexionar sobre las problemáticas del territorio. Luego de dos años de encuentros bimestrales consiguieron plasmar en un documento un diagnóstico sobre la crítica situación de los pobladores de la Puna. Por diversos motivos, las instituciones estatales y la ONG religiosa abandonaron el espacio, al tiempo que nuevas organizaciones de base se sumaron. En los años siguientes, el espacio se reconfiguró en una de las organizaciones territoriales de mayor proyección y capacidad de ejecución de proyectos en el territorio. En otro artículo analizamos el origen, la configuración y las acciones impulsadas desde esa estructura (Cowan Ros, 2005). Aquí, nos interesa explorar los factores que (in)habilitaron la vinculación inter-institucional. Al indagar a Julio, miembro de la Pastoral del Desarrollo, sobre la dilación para dar inicio a la cooperación entre instituciones, observó:

Yo creo que hace a una cultura institucional de que el otro no soy yo y no merece mi confianza. Hay desconfianza entre quienes trabajamos. Siempre pusimos tan cerca al enemigo que nadie podía ser tu amigo. Las ONG, los gobiernos, los municipios, dentro de la Iglesia... Hay una idea de que todo lo que te rodea es corruptible, lo único que es garantía de transparencia, de honestidad sos vos. No se confía en casi nadie y tendés al aislamiento.

Los "prejuicios", las "cosquillas", el "descreimiento generalizado" operaban como circunloquios en los relatos de nuestros interlocutores para tarde o temprano arribar a la categoría "desconfianza" para explicar las dificultades que encontraban para trabajar con políticos, con técnicos de otras instituciones e, incluso, con los campesinos. La falta de conocimiento del otro, prejuzgarlo por el cargo o la institución donde trabaja, toparse con rumores antes de conocer a la persona o disuasiones de sus colegas y superiores a trabajar

con otras instituciones los distanciaban de lo que definían como su estrategia de alianzas institucionales, es decir esa dimensión racional y planificada del proceso de transformación social que deseaban impulsar.

Si la “desconfianza”, que vale la pena recordar es una expresión de la emocionalidad, inhibía el acercamiento y la interacción, nos interesa indagar qué lógicas les posibilitaron a los extensionistas sobreponerse a ella y sobre qué elementos construyeron la red vincular a partir de la cual se cristalizó la nueva estructura organizativa. Para Marcos,

Lo importante fue empezar a dejar los prejuicios de lado. Al principio todos se miraban con recelo. Es que hay mucho celo. Todo el mundo defendía su quintita y peleaba por sus cosas. Nadie iba a decir “mi problema es éste” o qué recurso consiguió. Fueron dos años, y hasta tres diría, de juntarse... y hacer confianza. Reunirnos en un mismo espacio, dos días cada dos meses y hacer confianza. O sea, lo digo hoy, no era algo pensado. Lo que pasó fue que con muchas organizaciones comenzamos a tener más confianza. Venía una y te decía “che, mirá por qué no me das una mano en tal cosa... necesito una mano en tal otra...” Se está dando que las instituciones están diciendo “juntémonos, hagamos y empechemos a apuntar adelante” y cada uno aporta desde un lugar distinto. Es crear espacios donde la gente pueda sentirse contenida.

Todos nuestros interlocutores convergieron en que compartir definiciones sobre el origen de las problemáticas de los habitantes y sobre las alternativas de desarrollo fue condición para acceder a realizar acciones de conjunto, pero siempre reconocieron que existía algo más, que no pasaba por lo estrictamente ideológico. Reencontrarse cada dos meses, intercambiar experiencias, anécdotas, compartir y reconocerse en prácticas lúdicas o cotidianas como cocinar, realizar las compras o adecuar los lugares para las reuniones generaron condiciones para que emergiera otro tipo de (re)conocimiento personal, vinculado a los valores y actitudes. Solicitudes de favores, intercambios y cooperaciones puntuales comenzaron a manifestarse y abrieron la posibilidad de conocerse en el trabajo con los

destinatarios de sus proyectos. En ese marco de interacciones afloraron afectos y el reconocimiento en el otro. Fue eso lo que llevó a Julio a definir al nuevo espacio como “una red vincular con un código de confiabilidad” y a Alberto como “una red de afectos y de valores”.

Conforme analizamos en el caso salteño y observamos en éste, sentimientos vinculados a *emociones afectivas y morales* fueron uno de los sustentos de la red vincular de quienes se conocían desde su militancia universitaria, a partir de la cual convocaron a nuevos colegas para sumarse a los grupos que pasaron a trabajar en cada territorio. Pero, la inexistencia de estos sentimientos entre quienes ya estaban en el territorio trabajando desde diferentes instituciones parece no haber favorecido la articulación institucional. Precisarons dos años de encuentros e interacciones para que algo más surgiera y complementase la visión y estrategia de desarrollo sobre la que explicitaban consenso desde las primeras reuniones. La “confianza” emergió de la empatía con el otro, de (re)conocerse en sus valores y debilidades, en su forma de trabajar y en sus actitudes, en la construcción de un “nosotros”.

Si la empatía fue un requisito y complemento de las definiciones ideológicas para la interacción institucional en el nuevo espacio, allí donde se había erosionado fue un impedimento para el trabajo conjunto. Néstor y los dirigentes de la Cooperativa Quebradeña fueron invitados a sumarse a la nueva organización territorial. Durante un tiempo, los lazos de parentesco entre el presidente de la Cooperativa y el dirigente de una las organizaciones fundadoras del nuevo espacio se sobrepusieron a las diferencias entre los técnicos, pero al cabo de un tiempo los referentes de la Cooperativa dejaron de participar. Las condiciones de (im)posibilidad de colaboración entre técnicos parecen haberse proyectado a los dirigentes campesinos que asistían, contribuyendo a configurar un entramado institucional específico en el territorio. En las explicaciones de los técnicos se imbricaban motivos personales con distintas estrategias de trabajo, ponderados de diferente manera según el interlocutor. Desde cada grupo se continuó desplegando alianzas estratégicas con referentes de otras instituciones, incluso cuando los objetivos y lógicas de acción resultaban menos convergentes que con sus antiguos colegas.

Consideraciones finales

En los dos casos analizados la configuración de los grupos de extensionistas que se radicaron en ambos territorios, lejos de ser azarosa, estuvo modelada a partir de una red de pertenencia conformada fundamentalmente durante sus estudios universitarios y fundada sobre componentes afectivos e ideológicos. Recuperar las trayectorias profesionales, vinculares y políticas de los protagonistas nos permitió comprender por qué en ambos lugares se conformaron grupos con un perfil de extensionistas semejantes. La participación en un mismo espacio de formación y militancia universitaria explica que compartan un *ethos* profesional y una visión de desarrollo. Configuran un perfil de extensionista convergente con la tradición de intervención que enfatiza la organización política de los campesinos con vistas a la construcción de una subjetividad con conciencia de clase, a diferencia de aquellos cuyo accionar está orientado por la modernización, la filosofía humanista cristiana o por la revalorización de tradiciones y conocimientos ancestrales (Cladera, 2016).

Su *ethos* profesional nos informa cómo vivencian su labor, la entrega y el compromiso que sienten y la satisfacción por los resultados que consiguen. Esclarece por qué José, Tito y otros decidieron emigrar a una localidad rural y comenzar a trabajar desde una agencia estatal sin un contrato formal, lo que resulta irracional si se analiza desde el rédito económico. Aporta a comprender por qué desde la década de 1990 se pudo conformar un sistema público nacional de desarrollo rural a través de programas y agencias que establecían vínculos laborales precarios con los extensionistas, difícil de imaginar para otras áreas y ámbitos de actuación de los ingenieros agrónomos.

El estado de las relaciones personales entre los agentes de desarrollo es una variable a contemplar para comprender las condiciones de (im)posibilidad de cooperación al interior de cada organismo y entre éstos. No siempre resulta suficiente la existencia de convergencia en la visión y estrategia de desarrollo o trabajar bajo un mismo marco normativo. En los casos analizados, la empatía y la confianza operaron como requisitos para la coordinación interinstitucional. Cuando no existían fue preciso que emergieran y cuando se erosionaron la interacción institucional quedó inhabilitada. El estado de los vínculos entre los agentes de desarrollo de un territorio también aporta a comprender los alineamientos de los dirigentes de organizaciones

campesinas vinculados a ellos. Es una variable a integrar en el análisis de la configuración y desempeño institucional en cada territorio y aporta a superar algunas debilidades analíticas de los enfoques burocráticos-normativos.

La relación entre el accionar de los extensionistas y la forma como se expresa la institucionalidad del desarrollo rural en los espacios locales, en especial la estatal, es otro aspecto para reflexionar. Entre quienes abordan el análisis del estado desde una perspectiva antropológica existe creciente consenso en el postulado de Philip Abrams (1988) de que el estado, al ser una construcción ideológica, es una ficción. Entendemos que esa “ficción” se torna tangible en los espacios locales a través de quienes revisten cargos públicos, de las prácticas que despliegan y de la infraestructura, normativa y símbolos estatales. En un contexto de producción de las primeras instituciones estatales de desarrollo rural, las prácticas de los extensionistas estudiados se desplegaron en y configuraron un *margen del estado*, conforme Venna Das y Deborah Poole (2008) definen a aquellos lugares donde las prácticas estatales son colonizadas por modos de regulación diferentes de los de la formación estatal en cuestión. El perfil de los extensionistas analizados aporta a explicar el papel que jugaron en la construcción de las primeras instituciones de desarrollo rural en cada territorio, las características que éstas adquirieron y los procesos que desde ella se impulsaron. Ayuda a comprender por qué vivenciaron tensiones con los marcos institucionales desde dónde operaban y las estrategias que implementaron para producir márgenes de mayor autonomía a través de crear instituciones *ad-hoc* (ONG) o ascender posiciones en la jerarquía institucional. La contrariedad con la que revistieron cargos públicos y experimentaron su pertenencia a las instituciones públicas evidencia lo difuso y poroso de los límites de lo estatal. Lejos de ser claramente objetivo y delimitable lo estatal se produce por medio de las representaciones, prácticas y disputas que despliegan los sujetos en torno a éste.

En nuestra experiencia de investigación integrar las vivencias emocionales al análisis de las prácticas de los extensionistas resultó fructífero para comprender aspectos que permanecían incomprensibles si hubieran sido analizados únicamente desde lo que ellos definían por su visión y estrategias de desarrollo. Este giro analítico amplió nuestra comprensión de los fenómenos territoriales, pero nos enfrentó a nuevos desafíos

teóricos y metodológicos. En la literatura revisada no encontramos convergencia en la conceptualización de las emociones y las definiciones ofrecidas distan de ser fácilmente operacionables para el relevamiento empírico. Registrar las emociones en el trabajo de campo supuso otro desafío. En el desarrollo rural, probablemente por ser un área de intervención normativa en la que el accionar planificado se instituye como mandato, existe el imperativo de la acción consciente y racional, operando cierta (auto)censura de los sujetos en reconocer otras dimensiones intervinientes en sus prácticas. En nuestro trabajo de campo fue elocuente cómo los relatos vivenciales y emotivos emergían fundamentalmente en las conversaciones informales, es decir fuera del contexto de la entrevista, fuera del alcance del grabador. Revelaban otras dimensiones de las experiencias y prácticas de los extensionistas, complementando su otro relato, el oficial. La perspectiva etnográfica y la observación se constituyeron en herramientas metodológicas fundamentales para lidiar con el distanciamiento que instituye la relación investigador-sujeto estudiado y aproximarnos a esa faceta íntima, incluso gestual y corporal, del quehacer de los extensionistas.

A pesar de ser una fuente que orienta las prácticas de las personas, las emociones rara vez han sido incorporadas en los análisis de intervención en desarrollo rural. Las prácticas, trayectorias y situaciones analizadas en este artículo contienen características específicas, definidas por sus protagonistas y por los contextos en las que se configuraron. Sin embargo, entendemos que su análisis posibilita objetivar trazos factibles de ser observados en otras experiencias y estimular a una comprensión más amplia de los mismos. Las emociones informan cómo vivencian y encaran su labor los extensionistas rurales. Posicionados en la *interface* entre la institucionalidad del desarrollo rural, las demandas y necesidades de los campesinos y sus propias expectativas y motivaciones, en sus cuerpos se expresan y experimentan las tensiones y satisfacciones que resultan de su trabajo. No nos referimos estrictamente al cuerpo biológico, sino al cuerpo que experimentan afectivamente, el cuerpo comprometido en la relación con el otro, con el proyecto y con la profesión. Aquél que moviliza la personalidad entera. La entrega, el placer y el sacrificio con la que nuestros interlocutores vivencian la extensión rural inspiró el título de este artículo.

Bibliografía

- Abrams, P. (1988). "Notes on the difficulty of studying the State". *Journal of Historical Sociology*, 1 (1), pp. 58-89.
- Arqueros, M. X. (2007). "Territorio y tramas locales en San Carlos, Salta, Argentina". En Manzanal y otros (Comp.) *Territorios en construcción: actores, tramas y gobiernos*. Buenos Aires: CICCUS.
- (2016) *Territorio y desarrollo en San Carlos, Salta, Argentina. El proceso organizativo y de territorialización de la Asociación de Comunidades Calchaquíes - ACOCAL*. Tesis de maestría disponible en el Repositorio de Tesis de la Facultad de Agronomía, UBA.
- Bartolomé, L. y Schiavoni, G. (2008). *Desarrollo y estudios rurales en Misiones*. Buenos Aires: CICCUS.
- Benencia, R. y Flood, C. (comp.). (2002). *ONGs y Estado. Experiencias de organización rural en Argentina*. Buenos Aires: La Colmena.
- Bericat, E. (2012). *Emociones*. Recuperado de: <http://www.sagepub.net/isa/resources/pdf/Emociones.pdf> [acceso 6 de febrero de 2017]
- Cacivio, R. (2016). *Factores de riesgo psicosocial en contextos laborales de extensionistas agropecuarios de Argentina*. Tesis doctoral. Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales. UNLP.
- Caracciolo, M. y Cowan Ros, C. (1998). *Modalidades de asistencia técnica a los productores agropecuarios en la Argentina*. Buenos Aires: IICA.
- Cladera, J. (2016). "Hacia una etnografía de coyuntura. Campos de disputa de sentidos, habitus y preconcepciones sobre la Agricultura Familiar en Jujuy." *PreCongreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural*. Universidad Nacional de Santiago del Estero, 18 al 21 de octubre 2016.
- Cowan Ros, C. (1999). *Organizaciones No Gubernamentales de Desarrollo Rural: Dimensión y Estrategias en la Argentina de Fin de Siglo*. Tesis de grado para optar por el título de Ingeniero Agrónomo, Facultad de Agronomía, UBA.
- (2005). "Transformaciones sociales, crisis y resistencia en las tierras altas jujeñas". En: Benencia y Flood (coord.) *Trayectorias y contextos. Organizaciones rurales en la Argentina de los noventa*. Buenos Aires: La Colmena.
- (2013a). "Laberintos de emancipación: reciprocidad y conflicto en las relaciones de mediación entre agentes de promoción social y dirigentes campesinos". *Revista de Antropología Social*, n° 22, pp. 287-312, Universidad Complutense de Madrid. España.
- (2013b). *La trama de lo social. Familia, vecindad y facciones en la producción de prácticas políticas en comunidades aborígenes de la Puna argentina*. Madrid: Editorial Académica Española.
- Das, V. y Poole, D. (2008). "El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas". *Cuadernos de Antropología Social*, n° 27, 19-52, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Fernández Álvarez, M. (2011). "Além da racionalidade: o estudo das emoções como práticas políticas". *Mana*, 17(1), 41-68, Museu de Antropologia Social, Universidade Federal do Rio de Janeiro, Brasil.
- Gluckman, M. (1975). "The judicial process among the Barotse of Northern Rhodesia". En Aubert, V. (comp.) *Sociology of Law*. UK: Penguin Education.
- Goodwin, J., Jasper, J. y Polletta, F. (2000). "The return of the repressed: the fall and rise of emotions in social movement theory". *Mobilization: An International Journal*, 5 (1), pp. 65-83.
- Gutiérrez, M. y Gonzalez, V. (comp.) (2016). *Desarrollo rural, política pública y agricultura familiar. Reflexiones en torno a experiencias de la agricultura familiar en Santiago del Estero*. Tucumán: Magna Publicaciones.
- INTA (1996). *Unidad de Planes y Proyectos para Productores Minifundistas*. Buenos Aires: INTA.
- Jasper, J. (2012). "¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas". *Sociológica*, 27 (75), pp. 7-48.
- Landini, F. (2010). "Ingenieros extensionistas formoseños desde la mirada de los pequeños productores. Representaciones, expectativas y realidades". *Mundo Agrario*, 10 (20).
- (coord.) (2015). *Hacia una psicología rural Latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.
- Long, N. (2007). *Sociología del desarrollo: una perspectiva centrada en el actor*. México: El Colegio de San Luis-CIESAS.
- Lutz, C. y White, G. (1986). "The anthropology of emotions". *Annual Review of Anthropology*, v. 15, pp. 405-436.
- Manzanal, M., Arzeno, M. y Nussbaumer, B. (comp.) (2007). *Territorios en construcción. Actores, tramas y gobiernos: entre la cooperación y el conflicto*. Buenos Aires: CICCUS.
- Nussbaum, M. (2008). *Paisajes del pensamiento. La inteligencia de las emociones*. Madrid: Paidós.
- Perelmiter, L. (2011). "Saber asistir: técnica, política y sentimientos en la asistencia estatal. Argentina (2003-2008)". En Morresi y Vommaro (comp.). *Saber lo que se hace. Expertos y política en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Quirós, J. (2011). *El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida)*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Rodríguez Bilella, P. y Tapella, E. (comp.) (2008). *Transformaciones globales y territorios. Desarrollo rural en Argentina. Experiencias y aprendizajes*. Buenos Aires: La Colmena.
- SAGPyA. (1998). *El Programa Social Agropecuario. 1993-1998. Cinco años de política social con pequeños productores minifundistas*. Buenos Aires: SAGPyA.
- Weber, M. (2002). *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Madrid: FCE.

Agradecimientos

Para la elaboración del artículo se contó con apoyo financiero e institucional del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (PIP 112-20150100247-CO), de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológicas (Proyecto PICT 2014-2676) de Argentina y la Fundación Facultad de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires. Agradecemos a los/as extensionistas entrevistados/as por su disposición a compartir sus vivencias y cotidianeidad.